

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 21

JUNIO 17 DE 1973

LA PALABRA DEL PAPA

EL ANUNCIO DEL AÑO SANTO.

EVANGELIO

ACTA DE CONSTITUCION. PROMESA CUMPLIDA.

LITURGIA

NECESIDAD DE PROMOVER LA EDUCACION LITURGICA Y LA PARTICIPACION ACTIVA. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

DOCUMENTOS

EN EL X ANIVERSARIO DE LA ENCICLICA "PACIS IN TERRIS". (DR. TOMAS D. CASARES)

EL TEMA DEL PROXIMO SINODO DE LOS OBISPOS. (MONS. A. LOPEZ TRUJILLO)

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

- 17 DOM. DE LA SANTISIMA TRINIDAD. Hechos (2, 1-11) Salmo 103
S. Pablo (12, 3b-7, 12-13) San Juan (20, 19-23)
- 18 L. 2 Corintios 6, 1-10; Salmo 97, 1-4; Mateo 5, 38-42
- 19 M. S. Romualdo, abad. 2 Corintios 8, 1-9; Salmo 145, 5-9; Mateo 5, 43-48
- 20 Mi. 2 Corintios 9, 6-11; Salmo 111, 1-4; Mateo 6, 1-6. 16-18
- 21 J. S. Luis G., rel. 2 Corintios 11, 1-11; Salmo 110, 1-4; Mateo 6, 7-15
- Como la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo en el Uruguay no es de precepto se traslada al domingo siguiente.
- 22 V. S. Paulino de Nola, ob., S. Juan Fisher, ob. y Sto. Tomás Moro, mártires.
De mañana: 2 Corintios, 11, 18. 21b. 30; Salmo 33, 2-7; Mateo 6, 19-23
De tarde: Jeremías 1, 4-10; Salmo 70, 1-6; 1 Pedro 1, 8-12; Lucas 1, 5-17
- 23 S. Nacimiento de S. Juan Bautista. Isaías 49, 1-6; Salmo 138, 13-15;
Hechos 13, 22-26; Lucas 1, 57-66. 80
- 24 DOM. DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO. Exodo (24, 3-8) Salmo 115,
Hebreos (9, 11-15) S. Marcos (14, 12-16, 22-26)
- 25 L. Génesis 12, 1-9; Salmo 32, 18-22; Mateo 7, 1-5
- 26 M. Génesis 13, 2. 5-18; Salmo 14, 2-5; Mateo 7, 6. 12-14
- 27 Mi. S. Cirilo de Alejandría, ob. doc. Génesis 15, 1-2. 17-18; Salmo 104, 1-9;
Mateo 7, 15-20
- 28 J. S. Ireneo, ob., már. Génesis 16, 1-2. 15-16; Salmo 105; Mateo 7, 21-29
- 29 V. SGDO. CORAZON DE JESUS. Oseas (11, 1. 3-4. 8c9) Cántico de Isaías,
S. Pablo a los Efesios (3, 8-12, 14-19) S. Juan (19, 31-37)
- Como la solemnidad de los SS Apóstoles Pedro y Pablo en el Uruguay no es de precepto se traslada al domingo siguiente.
- 30 S. Inm. Corazón de María.
De mañana: Génesis 18, 1-15; Cántico: Lucas 1, 46-55; Mateo 8, 5-17
De tarde: (Vigilia de los SS. Pedro y Pablo); Hechos 3, 1-10;
Salmo 18, 2-5; Gálatas 1, 11-20; Juan 21, 15-19

TEMAS

Publicación bi-mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 17 DE JUNIO DE 1973

AÑO 1 - Nº 21

Directores: Carlos A. Casares Sienra y Eduardo Navia Sienra

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/73

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 150.— el ejemplar.

Anuncio del AÑO SANTO

CATEQUESIS DEL
PAPA EN LA AUDIENCIA
GENERAL DEL MIERCOLES,
9 DE MAYO

Queremos daros hoy una noticia que consideramos importante para la vida espiritual de la Iglesia; y es la siguiente: después de haber orado y pensado, hemos decidido celebrar el Año Santo en el próximo 1975, al cumplirse el plazo de veinticinco años fijado por nuestro predecesor Pablo II con la Bula pontificia *Ineffabilis providentia* del 17 de abril de 1470.

EN LA LINEA ESPIRITUAL DEL CONCILIO

El Año Santo, que en la terminología canónica se llama Jubileo, consistía para la tradición bíblica del Antiguo Testamento en un año de vida pública especial, con la abstención del trabajo normal, con la vuelta a la originaria distribución de la propiedad de las tierras y con la remisión de las deudas no saldadas y la liberación de los esclavos hebreos (cf. Lev 25, 8 ss.).

En la Historia de la Iglesia, como es sabido, el Jubileo fue instituido en el año 1300 por Bonifacio VIII, pero con objetivos puramente espirituales: consistía en una peregrinación penitencial a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo; tomó parte Dante, quien describe la multitud de gente que circulaba por Roma (cf. *Inf.* 18, 28-33); más tarde, en el Jubileo de 1500, se añadió la apertura de la Puerta Santa de las basílicas a visitar, no sólo para facilitar el aflujo de penitentes, sino también para simbolizar la mayor facilidad de acceso a la misericordia divina ganando la indulgencia jubilar.

Nos hemos preguntado si una tradición así merece ser mantenida en nuestro tiempo, tan distinto del pasado y tan condicionado, de un lado, por el estilo religioso que el reciente Concilio ha impreso en la vida eclesial y, de otro lado, por el desinterés práctico de gran parte del mundo moderno hacia las expresiones rituales de otros siglos; y nos hemos convencido enseguida de que la celebración del Año Santo no sólo puede enmarcarse en la coherente línea espiritual del Concilio, a la que nos apremia dar fiel desarrollo, sino que puede corresponder muy bien y contribuir además al esfuerzo incansable y amoroso que dedica la Iglesia a las necesidades morales de nuestra

época, a la interpretación de sus profundas aspiraciones y también a la honesta condescendencia para con ciertas formas de sus expresiones exteriores preferidas.

RENOVACION INTERIOR DEL HOMBRE

En relación con este múltiple objetivo es necesario poner bien en claro la concepción esencial del Año Santo, que es la renovación interior del hombre: del hombre que piensa, y que pensando ha perdido la certidumbre de la Verdad; del hombre que trabaja, y trabajando se ha dado cuenta de haberse extrovertido en tal grado que no realiza ya suficientemente un coloquio personal consigo mismo; del hombre que goza y se divierte disfrutando tanto de los medios excitantes de una gozosa experiencia propia que se siente enseguida aburrido y desilusionado de ella. Es necesario rehacer al hombre desde dentro. Esto es lo que el Evangelio llama conversión, penitencia, *metanoia*. Es el proceso de renacimiento personal, siempre, como un acto de conciencia lúcida y valiente, y complejo como un largo noviciado pedagógico reformador. Es un momento de gracia que ordinariamente no se obtiene más que con la cabeza inclinada. Creemos no equivocarnos al descubrir en el hombre de hoy una profunda

insatisfacción, una saciedad unida a una insuficiencia, una infelicidad exasperada a causa de las falsas recetas de felicidad, de las cuales está intoxicado, un estupor ante el no saber disfrutar de los mil goces que la civilización le ofrece en abundancia. Es decir, tiene necesidad de una renovación interior tal como la ha deseado el Concilio.

Ahora bien, hacia esta renovación personal, interior y consiguientemente también exterior bajo ciertos aspectos, tiende precisamente el Año Santo, esta terapia fácil y extraordinaria a la vez, que debería acarrear el bienestar espiritual a todas las conciencias, y por ende, al menos en alguna medida, a la mentalidad social. Esta es la idea general del próximo Año Santo, polarizada en torno a otra idea central particular, y dirigida a la práctica: la reconciliación.

RECONCILIACION

El término "reconciliación" trae a la memoria el concepto opuesto de rotura. Y, ¿qué rotura debemos reparar para llegar a esa reconciliación que es condición para la deseada renovación jubilar? ¿De qué rotura se trata? Pero, ¿no basta proponer esta palabra programática de reconciliación para darse cuenta de que nuestra vida está perturbada por demasiadas roturas, por demasia-

das discordias, por demasiados desórdenes para poder gozar de los dones de la vida personal y colectiva en conformidad con su finalidad ideal?

Ante todo tenemos necesidad de restablecer relaciones auténticas, vitales y felices con Dios, de reconciliarnos humilde y amorosamente con El, para que partiendo de esta primordial y constitutiva armonía, todo el mundo de nuestra experiencia manifieste una exigencia y adquiera una virtud de reconciliación en la caridad y en la justicia con los hombres, a quienes reconocemos enseguida el título innovador de hermanos.

La reconciliación se desarrolla, además, sobre otros planos muy amplios y muy reales: la misma comunidad eclesial, la sociedad, la política, el ecumenismo, la paz... El Año Santo, si Dios nos concede celebrarlo, nos podrá explicar muchas cosas a este respecto.

Limitémonos ahora a anticipar una indicación importante sobre la estructura del próximo Año Santo, que según la costumbre secular tiene en Roma su punto focal y lo seguirá teniendo, pero con una novedad.

EN TODAS LAS IGLESIAS LOCALES

Las condiciones prescritas para lograr especiales frutos espiritua-

les serán esta vez anticipadas y concedidas a las Iglesias locales, con el fin de que toda la Iglesia, extendida por el mundo, pueda empezar enseguida a disfrutar de esta gran ocasión de renovación y de reconciliación, y preparar así mejor el momento culminante y conclusivo que se celebrará en Roma el año 1975 y que conferirá el acostumbrado significado a la clásica peregrinación a las tumbas de los Apóstoles, para quienes lo quieran y lo puedan realizar.

Este importante y saludable movimiento espiritual y penitencial, que afecta a toda la Iglesia y que irá acompañado de la concesión de especiales indulgencias, comenzará en la próxima fiesta de Pentecostés, el día 10 de junio.

En los precedentes Años Santos la extensión de los mismos tenía lugar después de las celebraciones romanas; ahora en cambio las precederá. Con lo cual todos podrán comprender cómo esta innovación lleva en sí la intención de honrar con más evidente y eficaz comunión a las Iglesias locales, miembros vivos de la única y universal Iglesia de Cristo.

Baste con esto por ahora. Pero, con la ayuda de Dios, tendremos ocasión de decir otras muchas cosas. A todos vosotros nuestra bendición apostólica.

EVANGELIO (Domingo 17 de Junio)

En aquel tiempo los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de él; sin embargo algunos todavía dudaron. Acercándose Jesús les dijo estas palabras:

“Yo he recibido plenos poderes en el cielo y en la tierra. Vayan, instruyan a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”. S. Mateo (28, 16-20).

ACTA DE CONSTITUCION

Nos hubiera parecido más que razonable que ocurriera en Galilea el estremecimiento inicial para la gran cruzada del universo. Pero estaba en los designios de Cristo que su Iglesia naciera definitivamente en Jerusalén. Allí en la Ciudad Santa, de la que había sido desterrado, a dos pasos de la Tumba sellada para encarcelar un cadáver, deberán los Apóstolos predicar la resurrección del Maestro ante el asombro atónito de los sumos-sacerdotes del Templo, y que no se animarán a replicar, aplastados por la soledad de un sepulcro despoblado que a impulsos de una fuerza misteriosa removía la losa de entrada, dejando de manifiesto el acontecimiento cumbre de la historia humana, del que arranca la nueva creación y la renovación de todas las cosas en Cristo y por Cristo. Por convocatoria obligada, impuesta por la naturaleza del último encuentro del Maestro con los Once, cuya solemnidad a nadie escapa, los participantes de la cita deberán estar en Jerusalén, para la gran fiesta de los judíos. De hecho, diez días antes de la fecha de Pentecostés, la gran fiesta de las cosechas, que en adelante, para la Nueva Ley será la gran Solemnidad del Espíritu Santo los hallamos congregados en el “Cenáculo”, en el gran salón debidamente dispuesto para la institución de la Eucaristía. Conocemos cuales eran las intenciones del Maestro: con unas pocas palabras, llevadas por los aires galileos, rubricadas por la Cruz del Calvario, — a no olvidar que la cruz es la única firma que entienden y aceptan los humildes, — quiere cambiar para siempre la faz de la tierra, dando a los hombres, castigados por el rayo y por el azote de los dioses del Olimpo, un padre en los cielos que se entenece y perdona. Se admiraba la violencia, pero ahora se descubre la suprema eficacia de la debilidad. Se tributaba culto a las riquezas, pero de hoy en más nos arrodillaremos para lavar y enjugar los pies de los pobres. En la nueva jerarquía de valores, forjada en el Calvario, pierden vertiginosamente puntos los tradicionales valores de la banca mundana de poder y de gloria, y en la cúspide de la escala asoma el sol esplendente de la misericordia. No será la moral un código minucioso de observancias civiles y militares; será una disposición eficaz para recuperar la amistad de los hombres y la amistad de Dios. Aparece Cristo, y desapa-

rece la cruel soledad de los corazones. Con lo dicho queda descripta la personalidad y la sabiduría de quien preside hoy la asamblea constituyente de la nueva sociedad de los hombres con Dios en el amor. Se precisaba mucho genio para descubrir tanta sabiduría; con una migaja de esta sabiduría, recogida en cualquiera de los futuros centros catequísticos, el creyente del Evangelio estará muy por encima del genio de Sócrates, y sabrá mucho más que la brillante inteligencia griega respecto al destino del hombre. Pero: y ¿quiénes son los miembros convocados a esta asamblea, por supuesto anteriormente señalados? Hagamos memoria. El reclutamiento de los apóstoles, ocurre imprevista y espontáneamente por uno de esos fenómenos de imantación que por su irresistible rapidez de acción nos obliga a pensar en la infalible influencia de la Gracia. Los dos primeros, Juan y Andrés, manifiestan su entusiasmo al borde del Jordán, y siguen a Cristo. Al preguntarles Este el motivo del seguimiento, manifiestan deseo de conocer su dirección. Pues, venid y veréis. Fue la contestación. No lo abandonaron más, no ha habido ningún discurso, ningún diálogo, ni milagro ni ninguna manifestación de poder sobrenatural. Bastó una mirada, la misma que fulminaría a Simón Pedro y a su hermano atareados en la pesca. De paso, Cristo les gritó: "Seguidme, seréis pescadores de hombres", y ellos abandonando todo le siguieron sin que hubiera mayores explicaciones. Sin más ni más, empieza la pesca de hombres. Algo más lejos, en Cafarnaum, sin previo aviso, con el embrujo de su gesto, envuelve y arrastra a un funcionario de impuestos, que al sentirse interpelado por la voz imperativa de Cristo: "Sígueme", abandona los registros y los talonarios. Entrará en la historia con su escritura bajo el brazo, con el nombre de Mateo, el Evangelista. Los episodios se sucederán sin más variantes que las circunstanciales, que no afectarán a la esencia de la vocación, pues será Cristo, irresistible huracán, que arrastrará en pos de sí a quienes hayan de perpetuar la obra del establecimiento del Reino de Dios. En este último encuentro de Cristo con sus discípulos queda perfectamente establecida la perennidad de su permanencia en la Iglesia, y la fecundidad, inagotable de su acción misionera. No nos ofrecerá el Evangelio ningún plan de organizaciones temporales; en cambio nos brindará una verdad religiosa que regirá nuestras instituciones humanas. No cambió Cristo las estructuras de su tiempo, hizo algo mucho mejor: cambió los corazones de los hombres, estableciendo en ellos el orden eterno, el de ayer, de hoy y de mañana, es decir estableciendo a Cristo que es siempre el mismo. Y con ello, queda asegurada la inmortalidad de su Iglesia, que no tiene otra misión que dar testimonio de un hecho irrecusable: la Resurrección de Cristo.

Los que andan en negocios humanos dicen que el tiempo es oro.
Me parece poco: para los que andamos en negocios de alma
el tiempo es ¡gloria!

EVANGELIO (Domingo 24 de Junio)

El primer día de la fiesta de los panes. Acimos, cuando se inmolaba la víctima pascual, los discípulos dijeron a Jesús, "¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la comida pascual?"

El envió, entonces, a dos de sus discípulos, diciéndoles: "Vayan a la ciudad; allí encontrarán a un hombre que lleva un cántaro de agua. Siganlo y digan al dueño de la casa en que entre: El Maestro manda preguntarte: ¿Dónde está la sala en que podré comer el Cordero Pascual con mis discípulos?"

El les mostrará en el piso alto una pieza grande, arreglada con almohadones y ya dispuesta; prepárennos allí lo necesario". Los discípulos partieron y al llegar a la ciudad, encontraron todo como Jesús les había dicho y prepararon la Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomen, este es mi Cuerpo". Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, y todos bebieron de ella. Y les dijo. "Esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos. Les aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el Reino de Dios".

Después del canto de los Salmos, partieron hacia el monte de los Olivos. S. Marcos (14, 12-16. 22-26).

PROMESA CUMPLIDA

Había sido formulada en la Sinagoga de Cafarnaúm pocas horas después de la multiplicación de los panes y de la caminata sobre las aguas agitadas del lago. En este encuentro cargado de expectativa y de interés, Cristo no hace otra cosa que sacar las conclusiones o las lecciones que encierra el milagro del día anterior: El que ha multiplicado los panes, es El el nuevo maná que Dios les envía. Pan vivo descendido del cielo para dar la vida al mundo, será el alimento divino de nuestras almas. El auditorio exultante y entusiasta de ayer, en un cambio total de disposiciones, corre hoy contra las afirmaciones inauditas del Salvador. Con murmuraciones y protestas interrumpen su discurso. A la mayoría de los oyentes le escapa el contenido espiritual de las palabras de Cristo, y terminan por revelarse contra la idea, —la única que retienen— de que el orador quiere hacerles devorar pedazos de su carne. Y empieza la defección en masa: "Muchos de sus discípulos se alejaron" dejando de creer en El, por ser sus palabras duras y extrañas. Mientras los grupos disidentes se retiran, los discípulos, todavía fieles dirigen sus ojos hacia Cristo, seguros de que hará algo para conjurar el peligro de su alejamiento. ¿No es acaso el Buen Pastor, dispuesto a abandonar provisoriamente el rebaño en beneficio de la única oveja perdida? Sin embargo,

hoy se manifiesta pastor impasible ante la dispersión de su grey. Nos es preciso reconocer aquí la absoluta lealtad de Nuestro Señor. A nadie compromete por sorpresa: quien se ponga en su seguimiento lo hará libre y a sabiendas. Las advertencias han sido excepcionalmente claras y francas; el camino por el que debe transitar el discípulo es áspero y estrecho. Y si el yugo que impone a su discípulo es leve y benigno, lo es únicamente para aquel que lo acepte de buen grado. El cristianismo no será jamás ni alegre ni fácil para el descontento que lo acepte a medias, condicionado y mutilado. A Cristo se le conoce y se le recibe tal cual es, aceptando todas sus exigencias. Hay que darle el lugar primero que le corresponde y que El reclama en nuestra vida; de lo contrario no nos queda más remedio que alejarnos. Las posturas adoptadas deben ser absolutas y definitivas; de tal manera están planteadas las cosas que no caben más que actitudes extremas. Elegir, pues, entre el que os habla y entre los innumerables que solicitan vuestra adhesión, entre vuestros instintos y mi Evangelio, entre el amor propio y la caridad, entre el egoísmo y la justicia, entre el camino cómodo de las apetencias y el camino estrecho del **deber**. Los doce Apóstoles, que hoy rodean al Maestro, y están sentados a la mesa de la Institución Eucarística, recuerdan, sin duda alguna, la dramática escena de Cafarnaúm, mientras resuenan en sus oídos, cual chasquido de látigo la interpelación de Cristo, reclamando una decisión: "¿También os queréis ir vosotros?" No se hizo esperar la réplica espontánea y fervorosa, tan leal como fue la pregunta: "¿A quién iremos si tú, y sólo tú, tienes palabras de vida eterna?" Se ha producido la iluminación y la revelación: ya no piensan en elegir a otros señores; ya tienen un Maestro que instruye y eleva, un jefe que defiende y dirige, en quién pueden depositar toda su confianza. No niegan que las palabras de Jesús son duras al oído: pero al menos no envilecen al que las recibe, lo hace libre y lo levanta. Son duras, en verdad, pero ennoblecen estos nuestros pobres oídos y nos ayudan a vivir. Los protagonistas de la noche de la Institución, lo habían sido de las borrascosas escenas, provocadas por la promesa Eucarística. En singular contraste con las violentas explosiones verbales de este episodio en los actos: Promesa e Institución, el segundo de ellos ocurre en un clima de total seguridad y confianza. Ninguna explicación, ni ninguna aclaración; ya fueron dadas en su debido tiempo. Es hora de gozosa posesión de los bienes prometidos, del gran don de Dios. Limpios están todos, —menos uno—, para confundirse en un gran abrazo de amor, despojados de sus limitadas opiniones, de sus errores, de sus vicios, de sus instintos; puede invadirlos Aquel que es el bien, la verdad y la vida. "Este es mi cuerpo... esta es mi sangre...". "Tomad, comed, bebed..." Con estas palabras que encierran poder y sabiduría divina, empieza a desarrollarse la misión de la Humanidad de Cristo en orden a la salvación del mundo. No obra solamente su Espíritu divino, más también su alma y su cuerpo, su carne y su sangre; en una palabra, todo su ser. Aquí aparece la Eucaristía en lenguaje de reto absoluto a la sabiduría y a la razón humana. No se contentará Jesús con sólo morir, con entregar su cuerpo como una víctima; quiere que esta carne se coma y que su sangre se beba. La infinita sabiduría sabrá realizar y permitir al hombre esta total incorporación. Y la gran familia de los engendrados en el Calvario encontrará pan en la medida de su hambre en la hornada del Cenáculo. Ha sido dicha la palabra poderosa y amorosa en el profundo silencio de una noche encendida; ha sido dicha por siempre para sellar con trazos imborrables la nueva alianza del Creador con la criatura. Es orden, y es mandato de quien la pronuncia que sus ministros, sin limi-

tación de tiempo ni de lugar, inclinados sobre los altares, amplifiquen la fórmula consagrante de aquella noche de caridad desatada, y multipliquen el pan bendito, con cuyo contacto encontraremos nosotros, pecadores miserables, pero arrepentidos, la añorada transparencia de nuestros primeros años haciéndonos semejantes a los pequeñuelos. Tomando en serio el mandato divino: haceos de esos signos y comedme, nos acercamos, nos apoderamos y comemos. De inmediato una vida nueva, penetra nuestro corazón, una vida superior nos levanta hasta Cristo, quien nos une a El, haciéndonos uno con EL. En verdad, que si pensamos en todo esto, no sólo no es inverosímil la institución eucarística, sino que al no existir ella le faltaría a la religión de Cristo su lógico y sublime complemento. ¡Tan profundamente armoniza la Última Cena con todo lo que sabemos de la doctrina y del pensamiento de Cristo! Para que la liturgia sea perfecta es indispensable que nos recuerde en todo momento el dogma y la moral, de lo que debe ser expresión sagrada. ¿No es acaso dogma central del cristianismo la Encarnación redentora? Por otra parte ¿No está contenido el ideal moral de Cristo en estas dos palabras: Amor de Dios y amor del prójimo? No era posible traducir, resumir, y recordar todo ello de una manera más feliz, ni más elocuente ni más maravillosa, como no fuera por el Sacrificio eucarístico y por la Comunión eucarística. Para terminar, digamos que instituida la Eucaristía, Cristo crea toda la santidad, toda la fuerza y toda la belleza de su Iglesia: hasta la consumación del tiempo la Iglesia elaborará la Eucaristía y la Eucaristía producirá la Iglesia. ¡Qué cosa admirable! La tierra ya no es profana: pues está habitada y animada por el Dios que es amor.

MARIA EN LA OBRA DE LA REDENCION Y DE LA SANTIFICACION

Unico es nuestro Mediador, según la palabra del Apóstol: “Uno es Dios y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo como precio de rescate por todos” (1)

Pero la misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera ocurre ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no deriva de una necesidad objetiva, sino que nace del divino beneplácito y fluye de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y, lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo.

(1) 1 Tim. 2,5-6

De la Constitución sobre la Iglesia, Cap. VIII, nº 60.

LITURGIA (I)

De la Constitución sobre
Sagrada Liturgia del
Concilio Vaticano II

NECESIDAD DE PROMOVER LA EDUCACION LITURGICA Y LA PARTICIPACION ACTIVA

III REFORMA DE LA SAGRADA LITURGIA

*El sacrosanto Concilio ha
establecido estas normas
generales:*

a) Normas generales

La ordenación de la liturgia
pertenece a la jerarquía
eclesiástica.

Art. 22 § 1. *La reglamen-
tación de la sagrada liturgia es
de la competencia exclusiva de
la autoridad eclesiástica; ésta
reside en la Sede Apostólica y,*

*en la medida que determine la
ley, en el obispo.*

§ 2. *En virtud del poder
concedido por el derecho, la
reglamentación de las cuestio-
nes litúrgicas corresponde tam-
bién, dentro de los límites es-
tablecidos, a las competentes
asambleas territoriales de obis-
pos de distintas clases, legítima-
mente constituidas.*

§ 3. *Por lo mismo, que na-
die, aunque sea sacerdote, aña-
da, quite o cambie cosa algu-
na por iniciativa propia en la
liturgia."*

Luego de afirmar la necesidad
de una reforma de la liturgia y
de formular el principio que ha
de orientar esta reforma, el Con-
cilio establece una serie de nor-
mas que regirán la reforma de los
ritos y de los libros litúrgicos.

El primer punto establece que
autoridad debe llevar a cabo la
reforma. El gobierno de la lity-
gia depende de la sagrada je-
rarquía, del Papa y de los obis-
pos, por eso, "nadie, aunque sea
sacerdote, añada, quite o cambie
cosa alguna por iniciativa propia,
en la liturgia."

Esta perentoria afirmación se
debe a que el culto de la Iglesia
está muy unido con la disciplina
eclesiástica y con el orden, la uni-
dad y la concordia del Cuerpo

Místico, y lo que es más, frecuentemente con la integridad misma de la fe católica.

En diversas oportunidades, varios documentos de la Iglesia ratifican esta reglamentación:

“El ordenamiento de la Sagrada Liturgia es de competencia de la autoridad eclesiástica: nadie fuera de ella obre en este campo por cuenta propia, con desmedro a menudo de la misma liturgia y de su reforma, que sólo puede ser llevada a cabo por la autoridad competente” (Instrucción Inter Oecumenici, 26-IX-64).

“Parece necesario también en esta ocasión, recordar *un principio fundamental* en la disciplina de la Iglesia, confirmado claramente por la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, que establece: “Regular la Sagrada Liturgia compete únicamente a la autoridad de la Iglesia (cf. art. 22, 1-3).

A los obispos les incumbe este grave deber de regular la observancia de esta norma tan importante en la vida y en la reglamentación de la Iglesia.

Lo exige la edificación y el bien espiritual de cada uno; la armonía espiritual y el buen ejemplo en una comunidad local; el grave deber que incumbe a toda la Iglesia local de cooperar en el bien de toda la Iglesia, especial-

mente hoy que todo lo bueno y lo malo que se realiza en cada comunidad tiene reflejo inmediato en toda la familia de Dios.

Por tanto, que cada uno tenga presente el consejo del apóstol: “Dios no es el Dios del desorden, sino de la paz” (1 Cor. 14,33) (2a. Instrucción para la aplicación de la Constitución sobre Liturgia).

“Los obispos son “los principales administradores de los misterios de Dios, y al mismo tiempo moderadores, custodios y promotores de toda la vida litúrgica en la Iglesia que les ha sido confiada”. A ellos pues, corresponde moderar, dirigir, estimular, iluminar la realización de una sana renovación, asegurando que todo el cuerpo eclesial proceda compacto, en unión de caridad, tanto a nivel diocesano como a nivel nacional y universal. La labor de los obispos en este sector, es tanto más necesaria y urgente cuanto más íntimas son las relaciones entre Liturgia y Fe, de tal modo que lo que se hace en favor de una, redunde en beneficio de la otra.

.....

La eficacia de las acciones litúrgicas no está en la búsqueda continua de novedades rituales, o de ulteriores simplificaciones, sino en profundizar en la Palabra de

Dios y en el misterio celebrado, cuya presencia se asegura con la observancia de los ritos de la Iglesia, y no con los impuestos a voluntad del sacerdote. La imposición de creaciones personales en los sagrados ritos, ofende la dignidad de los fieles y abre las puertas al *individualismo* y al *personalismo* en la celebración de los actos que son de toda la Iglesia.

El ministerio del sacerdote es ministerio de la Iglesia y no se puede ejercer más que con dependencia y en unión de la jerarquía y para servicio de Dios y de los hermanos. El carácter jerárquico de la liturgia, su valor sacramental y el respeto debido a la comunidad de los fieles, exigen que el sacerdote cumpla su servicio de culto como "ministro fiel y dispensador de los misterios de Dios" (cf 1 Cor 4,1), sin introducir ningún rito que no esté previsto y autorizado por los libros litúrgicos.

La reforma actual se ha esforzado por evidenciar que la oración litúrgica tiene su origen en la tradición secular de la espiritualidad vivida. La aplicación de la misma tiene que ser también "obra de todo el pueblo de Dios" estructurado en sus diversos órdenes y ministerios.

Solamente en la unidad de todo el conjunto eclesial está la garan-

tía de eficacia y de autenticidad. (3a. Instrucción para la exacta aplicación de la Constitución sobre Liturgia).

"La renovación litúrgica no ha de ser entendida de modo que rechace el sagrado patrimonio de los tiempos pasados y admita temerariamente cualquier clase de novedades. Sabéis que esto se propusieron los Padres en el Concilio Ecuménico cuando promulgaron la Constitución litúrgica: que la renovación debe ser coherente con la sana tradición, de modo que "las nuevas formas surjan en cierto modo orgánicamente de las ya existentes" (nº 23). Será sabia la reforma que sepa conjugar adecuadamente lo nuevo con lo viejo.

"... es importante para asegurar una recta reforma que todos tengan actualmente un conocimiento adecuado a la índole eclesial y jerárquica de la sagrada liturgia. Es claro que los ritos y las fórmulas litúrgicas de oración no han de ser consideradas como una cuestión privada, relacionada solamente con los individuos, las parroquias, las diócesis o alguna nación, guardan relación en cambio con la Iglesia universal, ya que expresan su oración vivamente. Por lo cual, a nadie le está permitido cambiar estas fórmulas, introducir otras nuevas o sustituir-

las por otras. Esto lo prohíbe la misma dignidad de la sagrada liturgia, mediante la cual el hombre se comunica con Dios; y lo prohíbe también el bien de las almas y la eficacia de la acción pastoral que de ese modo se pone en peligro. Por este motivo, con-

viene recordar aquella norma de la Constitución litúrgica, en razón de la cual, "la reglamentación de la sagrada liturgia es de competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica" (n. 22, cf. n. 39) (Pablo VI a los miembros y peritos del Consilium).

EL DIOS UNO Y TRINO

En Cristo se nos ha abierto la hondura de la vida escondida de Dios. Su naturaleza, palabra y obra están llenas de la realidad de lo sagrado. Pero de ella brotan figuras vivas: el Padre en su omnipotencia y bondad; el Hijo en su verdad y amor redentor; y entre ellos, el desprendido, el creador, el Espíritu.

Es un misterio que supera todo sentido; y hay gran peligro de escandalizarse de él. Pero yo no quiero un Dios que se ajuste a las medidas de mi pensamiento y esté formado a mi imagen. Quiero el auténtico, aunque sé que desborda mi intelectual capacidad. Por eso, oh Dios vivo, creo en Tu misterio, y Cristo, que no puede mentir, es su fiador.

Quando anhelo la intimidad de la compañía, tengo que ir a los demás hombres; y por más honda que sea la ligazón y más hondo que sea el amor, seguimos, sin embargo, separados. Pero Tú encuentras tu propio "Tú" en Ti mismo. En Tu misma hondura desarrollas el diálogo eterno. En Tu misma riqueza tiene lugar el perpetuo regalo y recepción del amor.

Creo, oh Dios, en Tu vida una y trina. Por Ti creo en ella, pues ese misterio cobija Tu verdad. En cuanto se abandona, Tu imagen se desvanece en el mundo. Pero también, oh Dios, creo en ella por nosotros, porque la paz de Tu eterna vida tiene que llegar a ser nuestra patria. Nosotros somos Tus hijos, oh Padre; Tus hermanos y hermanas, Hijo de Dios, Jesucristo, y Tú, Espíritu Santo, eres nuestro amigo y maestro.

Esta es la vida eterna que se nos prometió. Hacia ella va nuestra esperanza. Guárdame, oh Dios, de que se me apague alguna vez su luz, que brilla en lo alto tan lejana, pero tan sagrada.

Amén.

De Romano Guardini.
Del libro "Oraciones Teológicas".

LA UNCION DE LOS ENFERMOS

La publicación del nuevo ritual de la unción de los enfermos nos invita a hacer algunas breves reflexiones. El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, (nº 73) nos dice que el sacramento de la "extremaunción" puede llamarse con más exactitud "unción de los enfermos" ya que no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida, sino que el tiempo oportuno para recibirlo es cuando el cristiano está atacado de una grave enfermedad o, por vejez, se va acercando a la muerte.

Esto significa una notable evolución en la comprensión del sacramento, evolución debida quizás a una mayor valoración de la liturgia y a una mejor comprensión de la realidad sacramental sin descontar la influencia que puede haber tenido la evolución de la medicina. Antes, un enfermo grave estaba casi fatalmente próximo a la muerte; en cambio los avances actuales de la ciencia permiten prolongar a veces por largo tiempo la vida de los ancianos y de aquellas personas atacadas por una grave enfermedad, o devolverle totalmente la salud.

La unción de los enfermos es uno de los siete sacramentos; eso significa que su fuente está en Cristo y en la virtud de su vida resucitada.

La constitución apostólica que promulga el nuevo ritual cita en primer lugar el texto de la carta de Santiago (5,14-16):

"¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren por él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados."

Este texto nos da el sentido y el alcance del sacramento.

1. — Se trata de una celebración comunitaria y eclesial. Por eso el nuevo ritual prevee que, cuando el enfermo está en condiciones de trasladarse a la iglesia, la unción de los enfermos se puede recibir durante la celebración de la Misa, o en otro momento, pero en presencia de la comunidad parroquial. Toda la comunidad ora para que el hermano enfermo —que tiene dentro de ella un papel

específico— reciba la gracia de Cristo, y si es para su bien, pueda reintegrarse a la vida normal, en el seno de la misma comunidad.

2. — Efectos del sacramento. Según las palabras de Santiago, este sacramento perdona los pecados que el enfermo pudiera tener en el momento de recibirlo. Pero este no es el efecto más importante, más aún, la unción de los enfermos es un sacramento de vivos, es decir que es muy conveniente que la confesión sacramental le preceda. El primer efecto del sacramento de la unción de los enfermos es conferir una gracia por el tiempo de la enfermedad, una gracia de santificación y de sumisión a la voluntad de Dios, y también de unión de los propios sufrimientos con los sufrimientos de Cristo, que le confieren así un valor redentor para toda la Iglesia.

La enfermedad y la muerte como consecuencia del pecado original, son un mal y por lo tanto el cristiano debe luchar contra ellas. El sacramento de la unción le da fuerzas para esta lucha para vivir, curar o dominar su estado; y siendo el hombre una unidad no hay por qué limitar la acción del sacramento sólo al alma.

Así como la enfermedad ataca al hombre en su realidad somático-espiritual, así también el sacramento, al vigorizar las fuerzas del espíritu puede procurar el alivio o la curación del cuerpo.

Finalmente podemos señalar que cuando el enfermo está ya a las puertas de la muerte, la unción de los enfermos le proporciona todos los auxilios de la gracia para este combate final. La muerte no es una experiencia pasiva de la vida biológica sino una acción personal, un momento privilegiado en el que el hombre llega a una plenitud y a un acabamiento en la medida en que muere definitivamente al pecado, unido a Cristo, cuya muerte es la fuente y el origen de toda vida verdadera.

Estas breves consideraciones no tienen otro fin que el de suscitar una reflexión personal sobre el sentido cristiano de la enfermedad y de la muerte y sobre la conveniencia para los enfermos graves y los ancianos de participar, por la gracia del sacramento que les está destinado, en el Misterio Pascual del Cristo, misterio de Cruz y de muerte, pero sobre todo misterio de resurrección y de vida.

Con la desobediencia original el hombre se alejó de Dios al país de la desemejanza.

Señor Rey: dadme ver mis propios pecados y no juzgar a mi hermano.
San Efrén.

Himno a la Stma. Virgen María

1. Tú, del mar estrella,
madre del Eterno,
y por siempre virgen,
puerta de los cielos.
2. Aceptaste el "Ave"
dicho por el ángel,
dando al nombre de Eva
un sentido nuevo.
3. Salva al oprimido,
trae luz al ciego,
quita nuestros males,
y la gracia implora.
4. Tú eres nuestra madre:
oiga tus plegarias
El que se hizo hombre,
fruto de tu vientre.
5. Virgen venerable,
tú, la más benigna,
líbranos de culpa,
guíenos tu ejemplo.
6. Muéstranos la senda
de una vida pura;
Cristo sea siempre
nuestra recompensa.
7. Alabanza al Padre
y a Jesús, su Hijo;
al Amor eterno
canto, honor y gloria.

Amén.

Traducción del Himno
Ave, Maris Stella.

EN EL 10.º ANIVERSARIO DE LA ENCICLICA "PACIS IN TERRIS"

del Dr. TOMAS D. CASARES

La paz es sin duda el bien común **universal** por excelencia. Pero lo de ser universal tiene en nuestros días dos sentidos que es preciso distinguir. Es un bien común universal porque es una condición de todos los bienes temporales, y es por igual un bien para todas las naciones, para todos los hombres, como lo fue en todos los tiempos. Pero hoy la paz no puede ser para nadie, en ningún rincón del mundo, de veras un bien en cuya posesión alguien repose, si la paz no es universal.

En nuestros días no hay conflagración local que no comporte una inminente amenaza de universalización. Sabemos el nombre de esa amenaza permanentemente suspendida sobre el mundo entero. Es la "guerra fría", el nombre del estado de tinieblas propio de nuestro tiempo. Nos hemos habituado a él y nos pasa inadvertida la perversión que causa el hecho de que **el mundo entero** esté condenado a vivir **indefinidamente** en un incruento, pero real, estado de guerra, en una latente beligerancia moral capaz de producir daños peores que la destrucción física con que estamos amenazados. Porque es un estado de espíritu que insensibiliza progresivamente la conciencia moral de los hombres y rebaja su dignidad a medida que la amenaza va cerrándole las puertas a la esperanza y quitándole sentido a la vida aun en este mundo. Es así que a la guerra ya no se la declara, como al amor, que, aunque en el polo opuesto, hallábase antes en una misma línea de caballerosidad. Ahora a las guerras se las desencadena, se las desata, como a perros de presa.

A semejante situación del mundo le ha salido al encuentro la voz del Santo Padre. Solo la suya podía salirle al encuentro con soberana autoridad. Solo una voz como la de Su Santidad Juan XXIII podía ser oída con respeto, comprendida y acogida con esperanza, por una humanidad a la que le es casi imposible concebir otro fundamento de la paz que la preparación para la guerra.

Justicia y paz son los dos anhelos más profundos del corazón humano. Pero el mundo contemporáneo, en el que la experiencia de lo universal se ha hecho tan común, es, sin embargo, como ningún otro de la historia, un mundo desgarrado. Y siente su desgarramiento como algo irremediable porque al común de los hombres se les ha hecho imposible entenderse sobre el sentido de la justicia y de la paz.

Por eso vive la paradoja trágica de que estos dos anhelos, tan eminentemente comunes, sean la causa de sus más hondas discordias.

Librado a sí mismo un mundo semejante tiene que concluir aniquilándose, porque en él la instauración de la justicia y de la paz no pueden concebirse sino como empresas de poder y de dominio. Y como el poder de que el hombre dispone en nuestros días es de una magnitud incalculable, si no hay manera de entenderse sobre el sentido de la justicia y de la paz —porque cada uno se considera con igual derecho a sustituirse a Dios—, el poder de quienes así se enfrentan concluirá por recurrir a una guerra en la que no se trataría de **vencer** al adversario, sino de **aniquilarlo**.

La idolatría de una libertad absoluta con cuyo ejercicio se intentó desligar al hombre de toda dependencia, lo ha empujado hasta el borde de un abismo que ahora lo sobrecoge de espanto. Puesto a experimentar un señorío **absoluto** se ha encontrado, al cabo de la experiencia, con que el imperio que se proponía conquistar puede ser el imperio de la nada. En la euforia de lo que creía su triunfo desplegó como bandera la gran blasfemia: "Dios ha muerto". Pero hoy vé entenebrecido el horizonte de sus grandes esperanzas, y siente la tremenda verdad de aquello que en el poema de Thomson Dios dice al hombre que le huye: "Todo te deja porque Me dejaste".

Al hombre de una humanidad en la que el odio no se detiene ante otra barrera que la del miedo, el Santo Padre dirige su palabra en las dos últimas encíclicas. Le habla con ese timbre de paternidad universal a que nos referimos, tan humano, y sin embargo, tan distintivo de una palabra que es más que humana.

En sus encíclicas sobre la paz y la justicia es notoria la preocupación dominante de hacer a su enseñanza audible, comprensible y **amable**, —esto es, digna de ser amada—, a **todos** los hombres de buena voluntad. También a los que no creen en la Verdad revelada que "da la substancia viva" de sus enseñanzas. También a los que no creen en Dios. Y aún a quienes han llegado al extremo de una autosuficiencia en la que pusieron la fe que negaron a Dios.

"Así las cosas —decía Su Santidad en la apertura del Concilio Ecuménico—, la Iglesia Católica . . . quiere mostrarse madre amable **de todos**, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad con los hijos separados de ella. Y, lo mismo que un día Pedro al pobre que le pedía limosna, dice ella **al género humano** oprimido por tantas dificultades: no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesús de Nazareth, levántate y anda".

No es la hora de la condenación sino de la misericordia. Las condenaciones ya fueron pronunciadas. Y los hechos están reiterándolas todos los días, en todas partes, en todos los órdenes de la existencia humana. Se trata, en cambio, de desandar el camino para volver a la casa paterna. Y el Sucesor del mismo Pedro recordado en el pasaje de la alocución pontificia que acabamos de citar, quiere recibir al hijo pródigo como el padre de la parábola evangélica, ofreciéndole "un anillo", signo de promesa, y "el vestido más precioso", hecho con la púrpura de la Caridad.

Reparemos en el sentido particular de esa Caridad. Porque si bien todo acto de la Iglesia es un acto de Caridad sobrenatural, como lo eran todos los de su Fundador, cada uno de ellos tiene un sentido, una modalidad, una entonación que lo distingue de todos los demás a través de casi dos mil años de predicación de una misma y única Verdad.

Nada hay ni podría haber, de nuevo en la enseñanza de la Encíclica. No es para quien busque novedades, sino para quienes están desengañados de las "novedades" tras las cuales emprendieron la aventura de la autosuficiencia que dijimos, pero de la que ahora "ellos mismos, por sí solos, —son palabras de Su Santidad en la alocución recién citada—, están dispuestos a condenar". Por eso Su Santidad ha salido a su encuentro como el Padre del hijo pródigo fue en su búsqueda sin esperar a que exclamara: "He pecado contra el cielo y contra tí".

Como signo distintivo de la Caridad que la inspira, hay dos cosas en la Encíclica que destacan notoriamente la intención y el anhelo de comunicar con **todos**. Una es la descripción, paciente y luminosa, del camino que **todos** pueden reconocer como el comienzo del verdadero camino de la paz, aunque no les asista la luz de la Fé, con sólo prestar oídos a su recta razón y tener correspondencia dócil para las solicitudes de la buena voluntad: el camino del **orden natural**, el de la obediencia a la **ley natural**. Un orden y una ley desacatados, sin duda, por los hombres tantas veces, pero cuya universal autoridad era, sin embargo, reconocida por el común de las gentes, hasta que en la era moderna, el hombre de Occidente decidió poner por encima de esa autoridad su libertad, para construir, según su arbitrio, un "orden" nuevo. Es el del mundo de nuestros días, que ya está juzgado por sus frutos.

Este propósito del Santo Padre fue declarado por él mismo el día de firmar la Encíclica, según palabras suyas de una reciente alocución: "Sobre la frente de la Encíclica, —dijo entonces—, cae la luz de la revelación divina, que es la substancia viva del pensamiento. Pero las líneas doctrinales brotan, además, de exigencias íntimas de la naturaleza humana, y forman parte, por lo general, de la esfera del derecho natural". Y puntualiza enseguida el alcance de su aclaración: "Es decir, que hemos querido dirigir la Encíclica a **todos** los hombres".

El otro punto, en el que se destaca el acento particular de la Caridad en esta Encíclica, se refiere a la actuación de los hombres responsables de la conducción de las naciones, que hoy día, ante los frutos del "orden nuevo" que dijimos, intentan, que es como decir tratan a tientas, de reconstruir un orden universal de justicia y paz.

Sería fácil invocar argumentos para poner en duda, sino la intención y la buena voluntad de esos propósitos, porque lo uno y lo otro están reservados al juicio de Dios, si el valor de las instituciones con que se las procura, la proyección de los resultados obtenidos y la posibilidad de obtener otros de más honda raigambre. Pero no es lo que hace el Santo Padre. No es sobre los motivos de duda que pone su acento, sino sobre "la nobleza", —la calificación es suya—, de tales propósitos. Y declara que **confía** en ellos. Confía y espera. Nadie de quienes participan en ellos está excluido de su confianza y su esperanza. No quiere ser "profeta de calamidades". Confía y espera en que esa fe suya en la nobleza de los intentos será

correspondida. Espera por que confía en el amor con una seguridad tranquila, imperturbable. Es aquello que se dice de la Caridad en el himno de San Pablo, que "todo lo cree y todo lo espera".

No nos pase por alto la lección que esto encierra para nosotros, hijos de la Iglesia, que nos llamamos "fieles". Porque esta lección nos está dirigida. Si "se ha enrarecido la motivación e inspiración cristiana" de las instituciones, dice Su Santidad en los últimos pasajes de la Encíclica, es porque no hay coherencia entre nuestra conducta y nuestra fé, porque "a la luz de la Fé —son sus palabras— no corresponde la fuerza del amor".

En la hora de tinieblas que vive la Patria es tremenda la responsabilidad que hace recaer sobre nosotros la condición cristiana que nos honra, pero que nosotros no siempre honramos. Es tremenda porque **solo la Caridad**, el signo distintivo por excelencia de la condición cristiana, será capaz de disipar esas tinieblas. No nos pase por alto, pues, el extremo a que llega la Caridad de la Iglesia en la última Encíclica de Su Pontífice, porque también nosotros estamos llamados a ese extremo.

El Santo Padre ve que los hombres están en riesgo de jugar la última carta de una guerra de aniquilamiento universal que sería como una demoníaca contrapartida de esa manifestación de la Gloria de Dios que es la Creación.

Y El, Cabeza Visible de la Iglesia, omnipotentemente salvadora como Cristo mismo, pero destinataria también de los odios que Le crucificaron, El, testigo de persecuciones más dilatadas e implacables que cuantas haya soportado antes la Iglesia, con sobrenatural confianza en que, cuando el amor las asume las más grandes pruebas son el precio de los más grandes triunfos, juega también una última carta, la última carta de la Caridad: **la del amor a los enemigos**.

Dame, Señor una buena digestión, y también algo para digerir.

Dame, Señor, un alma santa que tenga los ojos puestos en la belleza y en la pureza, que no se espante ante el pecado y sepa ponerle remedio.

Dame, Señor, un alma que ignore el aburrimiento y el murmullo, el gemido y el suspiro. No permitas que tome demasiado cuidado por esa cosa fatigante que llamamos "yo".

Señor, dame "humor" para sacar alguna felicidad de esta vida y hacerla de provecho para los demás.

SOLTERO O CASADO, SOLO EL EGOISTA FRACASA EN SU VIDA

Pese a una considerable evolución, ¡cuántos solteros creen que por serlo han fracasado en la vida! Algunos celan con embarazo su despecho y a pesar suyo procuran vengarse de los otros y de la vida. Otros se ingenian para lograr a toda costa una existencia agradable, mendigando placeres acomodados a su hambre. Otros, finalmente, resignados, "se deciden", evitan plantearse problemas, cumplen concienzudamente su deber profesional y si son cristianos buscan, con respeto de las normas morales y religiosas, una tranquilizadora seguridad o una compensación de su sensibilidad en un misticismo sin vida.

A unos y otros, comprendiendo su decepción, su rebelión, su lucha, sus sufrimientos, hay que decirles con delicadeza cuán equivocados están. El celibato es un fracaso sino una invitación a un logro pleno, pero en un plano distinto del hogareño. Sólo el egoista es estéril.

- En tu camino no has encontrado nunca "una alma hermana".

Pedro te amaba; pero sus padres, por razones económicas, impidieron vuestras relaciones.

Desdeñaste a Juan: a tus ojos no era el hombre "perfecto" con que soñaste. Pablo murió en la guerra.

Absorta en las tareas familiares o por una entrega a una "actividad" mejor o peor entendida, te quedaste en la reserva.

A medida que pasan los años tu soledad resulta más dura.

Ves a los esposos que se besan.

Contemplas a los hijos de tus amigos y sufres en tu carne y en tu corazón.

¿Qué eres?

Para tus padres, si vives con ellos, una niña:

"¿Cerraste bien la puerta?"

"Tu luz no está todavía apagada"

"Tienes carta; es de fulano."

"No te peines así."

Para los que contigo se relacionan eres una "solterona":

"¡Qué lástima! no encontró **colocación.**"

Para ti misma eres con harta frecuencia una fracasada.

- Es cierto que el hombre solo queda en cierta manera incompleto: "No es bueno que el hombre viva solo." ¹

Todo hombre, creado a imagen de Dios, está llamado a vivir en comunidad y en unión con otra u otras personas. Está llamado a ser creador en el amor.

Todo hombre debe "casarse".

Todo hombre debe "engendrar";

Pero son muchos los planes para lograr esta comunidad y esta paternidad.

- Hay otra unión, además de la unión física del hombre y la mujer en el matrimonio: "Serán una sola carne." ²

1. Génesis, cap. I. Cf. "Adolescente, para prepararse a amar", pág. 53.

2. Gén. Cap. I.

la unión espiritual con todos los hombres nace de un corazón amigo y dispuesto;

la unión sobrenatural con toda la humanidad en Cristo nace del amor-caridad hacia todos.

- Hay otra clase de fecundidad, además de la física: la espiritual.

Hay otra clase de fecundidad, además de la espiritual: la sobrenatural en Cristo.

- No eres un "fracasado" porque en tu soltería tengas que lograr tu unidad y tu fecundidad en un plano superior. Estás llamado a un equilibrio y a un desarrollo más difícil pero más profundo y fructífero.

- La vocación de cada uno es para cada uno la mejor y la más bella; pero en sí la virginidad aceptada y más aún la virginidad consagrada son un estado de vida superior al matrimonio³ pues el cuerpo limita al hombre y únicamente el espíritu le ofrece lo infinito.

- Sólo es estéril quien vive sin amor. El amor es portador y creador de vida siempre.

- ¿Qué importa tu estado en la vida?

Ama y darás vida.

- Ninguna vida puede llegar a su plenitud si no fue plenamente aceptada.

Toda vocación es una respuesta consciente y libre a un ofrecimiento que Dios nos hace.

- Tú no escogiste la soltería; te obligaron las circunstancias.

Soportándola con pena no la vives.

Si quieres conocer la alegría de la plenitud y de la fecundidad, has de aceptarla abrazándote a ella libremente.

- Es la incertidumbre de la vocación lo que te hace sufrir durante mucho tiempo. ¿He de esperar a formar un hogar? ¿debo construir mi vida de soltera?

Ninguna vida está "acabada": las cualidades de cada uno, los acontecimientos permitidos por Dios orientan la existencia.

- Es en la noche cuando hay que descifrar las cartas de amor del Señor. El más puro lee más de prisa; el más aventajado se equivoca menos en el texto y en la aplicación.

Vive tu vida actual y mantente dispuesto.

- No porque a los jóvenes les guste casarse deben forzosamente hacerlo.

El afecto sensible es una señal que por sí sola no es decisiva.

No porque desees mucho el matrimonio estás forzosamente destinado al mismo; la atracción es sólo un elemento entre otros muchos en la vocación de cada cual.

- Desconfía de tu imaginación. Es fácil, en sueños, construir un hogar. Es fácil, en sueños, la educación de los hijos.

Tu renuncia te parece sobrehumana porque son tus sueños a los que has de renunciar, pues la realidad contradiría a buen seguro tus sueños.

- Ningún hombre conoce su verdadera fecundidad más allá de toda apariencia tranquilizadora.

- No por ser soltera has de renunciar a la plenitud. Plenitud en ser interiormente autónoma.

3. Cf. San Pablo: 1.º a los Corintios, VII, 27 y 33-34; 37-38.

No tienes derecho, esclavizándote a un deber mal entendido, a someter tu existencia al ritmo de vida de tus padres ancianos.

- Hay ramas que es preciso cortar; lazos que hay que romper.

Tienes miedo de arrojarte a lo desconocido

Temes hacer sufrir

Te espantan mucho las incomprendiones, los llantos, los juicios severos; y con el pretexto del amor filial y de la abnegación disimulas tu debilidad, paralizas tu desenvolvimiento y privas a tus padres de una plenitud a la que tienen derecho. Pese a todas las apariencias les detienes en su marcha.

No amas suficientemente a tus padres⁴

- Los hombres no crean ni educan a sus hijos para sí sino para los otros y para Dios (sea cual fuere su estado en la vida).

Su misión no está consumada mientras no hayan dado totalmente a sus hijos.

Si por ellos sienten celos, por insignificantes que sean, de los otros (marido, hijos, profesión, entrega... humanidad, Dios) el fracaso es seguro.

No aman suficientemente a sus hijos.

Con tus padres difícilmente podrás aspirar a una verdadera autonomía si externamente no alcanzaste una relativa independencia.

Si te es posible, procúrate una casa distinta, aunque sea una buhardilla;⁵ pon al menos todo tu esfuerzo en conseguir habitación personal.

- Acaso hayas aceptado conscientemente tu soltería

acaso estés ya en condiciones exteriores que faciliten tu equilibrio; pero de nada te ha de servir para tu plenitud y para la fecundidad de tu vida

si te encierras en tu "torre de marfil",

si te "instalas" en la vida,

si no aceptas el compromiso que en el mundo tienes de ayudar a tus hermanos.

- Para sacar partido de tu soltería has de sublimar todas tus potencias; pero sublimarlas no quiere decir

refugiarse en el ensueño

evadirse en idealismos,

procurarse compensaciones evidentes o sutiles; sino al contrario: reconocer claramente las propias fuerzas, incluso si por su vitalidad te inquietan, organizarlas, concentrarlas y orientarlas conscientemente "hacia lo alto" para una superior plenitud.

- La soltería no endurece las facultades afectivas; al contrario, exige su crecimiento infinito, ensanchando el corazón hasta todos los confines del mundo.

- No trates con una sola amiga pues tu sensibilidad se empobrecería.

No te reúnas sólo con solteros porque limitarías tu desarrollo.

No visites un solo hogar porque podría ser perjudicial, ya que "el espíritu está pronto, pero la carne es débil".

4. Conquistar la propia independencia, amar a los padres abnegadamente, ayudar a los suyos a reconocer a sus hijos como personas totalmente autónomas, no quiere, claro está, abandonar a los padres.

Hay que ayudarles materialmente, mimarles, cuidarles si lo necesitan, pero conquistando y guardando la plena libertad interior de hombre cabal.

Digase lo mismo a los recién casados. Sin embargo, se comprende que a los solteros, particularmente si viven con sus padres, les sea mucho más difícil llegar a esta madurez.

5. Es un grave error pensar que el soltero debe forzosamente vivir con sus padres. Muchas jóvenes han esterilizado así su madurez.

No acudas sólo a un sacerdote, pues os perjudicaríais mutuamente; acoge a todos, comenzando por los más cercanos: esta vecina anciana, esta viuda sin trabajo, estos novios sin vivienda, este adolescente que se busca a sí mismo...

Abrete de par en par a los problemas del mundo;

comprométete sin miedo a servir a cada hombre en particular: en el comité del barrio, en el sindicato, en un partido político...

- No escurras el bulto: es para ti un deber unir tu vida al destino de tus hermanos.

Si renuncias a un hogar, sea para servir a todos. De este modo,

si dudaste de tus posibilidades, volverás a adquirir confianza en ti;

si te has frenado, te afirmarás más;

si sufriste soledad, te equilibrarán las relaciones, los intercambios, aun con personas de otro sexo:

si se debilitó tu fe, se fortalecerá y madurará.

- Mujer soltera, el Señor te necesita y te quiere dispuesta a ser madre de lo humano en un mundo inhumano.⁶

- No te "escudes" con una piedad mal entendida; tu amor a Dios sólo sería la búsqueda de una satisfacción personal.⁷

Pero con un mismo esfuerzo abre de par en par tu alma a Dios, a los hombres; y sin trabas, presta y sosegada, conocerás la **Alegría** del que se entrega.

- Entre las descoyunturas inherentes a toda existencia, ¡déjate conducir por el Espíritu!

Si sabes reconocer tu debilidad
permanecer atenta y pobre
corresponder a Sus invitaciones,

Él te mostrará el camino, a través de cualquier acontecimiento.

Tras un largo recorrido, vuélvete: mira el camino y comprenderás entonces por qué Dios te lo había reservado especialmente para ti; y sin vacilar le dirás entonces: **Gracias.**

MICHEL QUOIST.

6. Cf. "Mujer", pág. 39.

7. El apoyo de una agrupación espiritual es un enriquecimiento apetecible.

La Verdad: "Los hombres la aman cuando brilla y la odian cuando los reprende; la aman cuando se descubre a sí misma y la odian cuando los descubre a ellos."

San Agustín, Confesiones. Lib: X, cap. 23.

“DOY MI VIDA PARA RECOBRARLA”

Agosto de 1941

Del campo de concentración de Oswicim se ha fugado un prisionero. A causa de esto, diez hombres tendrán que morir y un oficial alemán los escoge.

El último en salir de la fila, un sargento polaco, llora desesperadamente: “No veré más a mi esposa y a mis cuatro hijos”.

Al oír estas palabras otro prisionero, alto y demacrado, se presenta resuelto ante el oficial:

— Quisiera morir en lugar de ese hombre.

— ¿Por qué?

— Yo soy viejo y no tengo a nadie, en cambio él tiene esposa e hijos...

— ¿Estás loco?

— Puede ser.

— ¿Quién eres?

— Un sacerdote católico que quiso ayudar a sus hermanos a bien morir en el frente de batalla.

Hubo silencio.

Emoción en los presentes. Oración silenciosa al Dios de la paz.

Esperanza y entrega.

— Muy bien. Concedido — musitó el oficial.

Lo encerraron en el bunker de la muerte con los otros.

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María, lo hallaron muerto.

Era el Padre Maximiliano Kolbe.

Había imitado a Jesús, el Buen Pastor, que nos amó y se sacrificó por nosotros.

Publicado en el Semanario
Argentino “El Domingo”.

Examen Espiritual

El oro más brillante se opaca y es necesario pulirlo.

Las herramientas del acero más resistente pierden el filo y es necesario afilarlas.

El mejor acumulador se agota y es necesario cargarlo.

Todo buen negocio requiere un examen mensual.

Lo mismo pasa con mi alma inmortal.

Mis altos ideales pueden deteriorarse.

Mi fuerza de voluntad puede perder algo de su “filo”.

Mi sensibilidad espiritual puede “debilitarse”.

Mis buenos propósitos pueden “agotarse”.

El negocio de mi salvación necesita un “examen” constante.

Como hombre verdaderamente prudente e interesado en su bienestar, me propongo cultivar una frecuente “conferencia de paz” con Dios.

Publicado en el Semanario
Argentino “El Domingo”.

EL TEMA DEL PROXIMO SINODO DE LOS OBISPOS

por mons. Alfonso López Trujillo,
secretario general del CELAM

La evangelización del mundo contemporáneo es el tema elegido por el Santo Padre para el próximo Sínodo. Ninguno tan sustantivo y urgente. La comunidad de los reunidos en Cristo resucitado es, ante todo, la portadora de la Buena Noticia, alegre y extraordinaria, de la salvación en el Señor. Es la Iglesia del acontecimiento, del goce, de la esperanza, porque anuncia el Evangelio.

Evangelio es un concepto relacionado en la Escritura ya no con la noticia de victorias bélicas, como en el mundo griego, sino con la era de la salvación que ha comenzado. Jesús es el heraldo de la Buena Nueva, que comunica a los pobres (Lc 4, 16-22; Mt 11, 5), es decir, a los que en su condición de desheredados, humillados, indigentes, abren humildemente su corazón a Dios en quien encuentran su verdadero tesoro. He aquí el signo privilegiado de los tiempos mesiánicos. El mensaje central de la predicación de Jesús, el corazón de esa Buena Nueva, es el reino de Dios, el reino de los cielos (expresión judía empleada para evitar el nombre inefable de Dios). El reino es la gran respuesta a los interrogantes fundamentales del hombre. Se inscribe en la promesa de la libertad integral que Cristo proclama en la sinagoga de Nazaret. El Evangelio apunta hacia ese "año de gracia del Señor" (Lc 4, 19), referido, ya a la prescripción del año sabático (Ex 23, 10-12; 21, 2-6), que se celebraría cada siete años, ya al año jubilar (que debía celebrarse cada cincuenta años), tiempo de gracia, en el que los esclavos debían ser liberados en razón de su esencial pertenencia a la comunidad de los hijos de Dios. La promesa de la liberación que entraña la gran esperanza de Israel va más allá de ese mandato, no cumplido, y mira hacia el futuro de la plena realización de Israel. En este sentido el Evangelio es liberación de los cautivos, en todas sus formas de servidumbre. El Evangelio es la gran promesa de la libertad en Cristo que inaugura el nuevo orden, la nueva realidad que se construye en el amor. La totalidad del hombre, la entera familia humana, la creación toda, en virtud del reino presente, son introducidos en el orden de Dios.

El reino de Dios no es algo exterior o separable de Cristo. Es su realeza. Es el reinado de Dios. El objeto de su Mensaje es El mismo, en quien se inicia la era de la salud escatológica (Mc 1, 15). El Evangelio de Cristo. Así como se habla del "Evangelio de Dios" (Rom 1, 1; 15, 16), así también se utiliza la expresión "Evangelio de Cristo" (1 Cor 9, 12; 2 Cor 2, 12). Por eso evangelizar es anunciar a Cristo, descubrir su presencia en la historia, en la sociedad, en

nuestras vidas. Es darle al mundo la gran respuesta del Padre, el "Sí" definitivo, Jesucristo, y en El la verdadera razón de vivir. Es proclamar la salvación en el Resucitado que pide una respuesta de fe. La evangelización es en la profundidad del misterio pascual un diálogo: una llamada y una respuesta. La respuesta de la fe ha de ser **explícita** adhesión al Cristo vivo, en la forma más libre y personal, con todo el corazón, con todo el ser. Es ésta la opción fundamental, la gran conversión (Mt 3, 2; 4, 17). Ser "ministro del Evangelio" (Col 1, 23) es predicar la "obediencia de la fe" (Rom 1, 5). Predicar: anunciar **explícitamente** la presencia eficaz del Señor, es invitación y condición para la fe (Rom 10, 14-16).

Evangelización en el mundo de hoy! He aquí algo difícil y exigente. Ha de partir de un profundo convencimiento del Mensaje y de la "encarnación" de la palabra en el corazón. Es la palabra, no nuestra, sino de Dios, que se **comunica** en forma que sea una respuesta a las más profundas y legítimas expectativas del hombre actual. Supone entonces un sentido de captación de las aspiraciones y anhelos del hombre, sin olvidar que el Evangelio no se "condiciona", ni se agota por ellos y que llega siempre como una interpelación **nueva, original** en el sentido que va desde la fuente de Dios y se dirige a la raíz misma del hombre. La **comunicación** entraña un lenguaje nuevo, una adaptación del lenguaje teológico y pastoral, pero requiere también la explicación paciente de un lenguaje antiguo y de signos muy ligados a la fe cristiana. Más que la simple traducción conceptual en expresiones más asequibles, el problema radica en saber pulsar las exigencias de la forma nueva (relativamente nueva) de vivir el Evangelio.

Evangelizar en el mundo de hoy supone aceptar la seriedad de un enfoque antropológico (no antropocéntrico) en que el hombre sea visto en su **realidad**, a partir de Cristo y desde la fe. Qué es el hombre, qué debe ser el hombre, no es algo que pueda sufrir un tratamiento puramente "científico". Se impone una visión de **realidad**, en su más amplio sentido. Volvemos hacia el hombre, concebido en el marco del misterio de Cristo, no es un desvío, recordaba el Papa (Dis. 7 dic., 1965). El **mundo actual**, modelado por la ciencia, por la técnica, ¿deja lugar al Evangelio y a la fe? ¿Será cierto que cuando más se amplían los límites del conocimiento científico, Dios retrocede? ¿No será más bien una cierta "imagen" de Dios y de la fe que no es atribuible a la Iglesia, la que se declara en retirada? ¿Mientras el hombre se lanza hacia el futuro y nace la "futurología" en el campo del saber humano, un Evangelio que nos proyectaría hacia el pretérito, en la lejanía de dos milenios, podría interesar? O más bien, ¿habría que indicar la **actualidad**, la presencia histórica del Evangelio y su dimensión hacia la promesa que avanza hacia su plena realización?

Supuesta la relación "dialéctica" entre evangelización y fe, chocamos con un fenómeno nuevo, masivo, inquietante: la no creencia. Las diversas modalidades del ateísmo, fenómeno que incide en varios sectores con particular fuerza, representan un llamado a la reflexión. El Evangelio tiene que responder a muchos que buscan a tientas el rostro de Dios y se plantean el falso dilema: o Dios o el hombre.

¿Cuál es la posibilidad del Evangelio frente al proceso irreversible y positivo en buena parte de la secularización, que no asegura, sin embargo, contra ciertas corrientes de secularismo de proyección atea? En América Latina la seculari-

zación, aunque incipiente, ha tenido fuertes impactos en sectores de gran importancia social. El hecho plantea cuestiones sólo abordables con sinceridad, audacia y creatividad.

Un capítulo propio, particularmente interesante es el relativo a la evangelización de la juventud, la más sacudida por los cambios acelerados. En ella se entremezclan zonas de evidente desconcierto con preocupaciones que insinúan una sincera apertura a Cristo.

Establecida la relación entre evangelización y catequesis, ha de estudiarse mejor el oficio y sentido de ésta en todas sus modalidades. ¿Cómo renovar la catequesis de adultos? ¿Cuál es la relación entre comunidades cristianas de base y evangelización? Ser cristiano es hoy ciertamente más difícil. La fe cristiana en las sociedades pluralistas está atravesada de innumerables interrogantes. No faltan cristianos que sienten tambalear la fe ante esos desafíos. En América Latina no pocos retos que provienen de las vertientes de lo social, político, económico, ocasionan zozobras. Sin embargo, estos serios interrogantes y desafíos no deben atemorizar al cristiano, en la medida en que su fe alcance un cierto grado de densidad. Siente más la responsabilidad de madurar en la fe, para dar razón de su esperanza (1 Pe 3, 15); percibe mejor la gratitud de la gracia, la novedad y la grandeza del don. Para emplear la expresión de Bonhoeffer, el cristiano en un mundo "adulto" entiende mejor que la gracia no es "barata", sino que cuesta y exige verdadero compromiso.

El mundo actual no ofrece sólo dificultades a la evangelización. Todo progreso auténticamente humano abre nuevos horizontes, nuevas perspectivas a la riqueza del Evangelio. ¿No se presenta el mundo actualmente más sensible a los valores comunitarios, a los valores de la persona humana? Son estas realidades muy propicias para la proclamación del Evangelio. El mismo hastío que provoca una sociedad marcada por la técnica fría, por la sociedad de consumo, la carrera frenética hacia el bienestar, suscita reacciones y ansias de lo trascendente.

En nuestro continente la evangelización nos urgirá más decididamente hacia una activa re-evangelización, como suele decirse, o hacia un ahondamiento de un Evangelio que quizás no ha calado tan a fondo. Será necesario por otra parte, redescubrir los valores de una religiosidad popular, para asumirlos más seriamente en un proceso de afianzamiento en la fe; valores que una mentalidad importadora frecuentemente desdeñó.

Muy útil será estudiar la realidad de la fe de nuestras comunidades. En cada creyente puede estar agazapado un incrédulo. Cuando no hay bases hondas, cualquier sacudida produce ruinas. No se han superado las sacudidas de una crisis que gravita no raras veces en torno de aspectos medulares de la fe.

En el interior de la Iglesia circulan varios interrogantes, abierta o calladamente, que exigen una respuesta. Hay oscuridades que merecen una iluminación. En el Sínodo se tendrá que puntualizar lo que es evangelizar, sus exigencias y condiciones. Hacen falta precisiones acerca del nivel de **explicitación** requerido. Sin negar que la gracia de Dios obra secretamente aun en quienes no han entrado en la explícita relación de la fe, pareciera que una acentuación "del cristianismo anónimo" ha restado motivaciones y energías misioneras. Evangelizar implica ade-

más, ciertamente, un esfuerzo por descubrir, desde la fe "las semillas del Verbo" dispersas en las culturas. Pero este descubrimiento ¿no será apenas una primera etapa?

El tema de la evangelización, tan esencial a la Iglesia, necesariamente nos obligará a penetrar en su misterio. La Iglesia es **por** Cristo y **para** Cristo. A Cristo debe anunciar y revelar. Será necesario también reflexionar más en las relaciones de la evangelización con las grandes preocupaciones sociales, políticas y económicas de nuestro mundo y de nuestro continente, ya que el Evangelio tiene que servir de conciencia crítica, inspiradora e impulsadora de una sociedad más justa, más humana.

El próximo Sínodo abordará, entonces, el problema central de la Iglesia de hoy. Nos situará en lo esencial. De ahí la responsabilidad de todos para ponernos en estado de Sínodo y comprometernos, en donde nos corresponda, a una preparación adecuada, lúcida, confiada, en la que se tome el pulso de la realidad con sus fenómenos complejos y se esbochen las líneas de su adecuado tratamiento teológico y pastoral.

LA CREACION DEL HOMBRE

Oh Señor, Tú has creado todas las cosas. Tú les has dado su ser, y las has puesto en equilibrio y armonía. Están llenas de tu misterio, que toca el corazón si es piadoso.

También a nosotros, oh Señor, nos has llamado a la existencia y nos has puesto entre Ti y las cosas. Según Tu modelo nos has creado y nos has dado parte en Tu soberanía. Tu has puesto en nuestras manos Tu mundo, para que nos sirva y para que completemos en él Tu obra. Pero hemos de estarte sometidos, y nuestro dominio se convierte en rebelión y robo si no nos inclinamos ante Tí, el único que llevas la corona eterna y eres Señor por derecho propio.

Maravillosa, oh Dios, es Tu generosidad. Tú no has temido por Tu soberanía al crear seres con poder sobre ellos mismos y al confiar Tu voluntad a su libertad. ¡Grande y verdadero Rey eres Tú!

Tú has puesto en mis manos el honor de tu voluntad. Cada palabra de tu Revelación dice que me respetas y Te confías a mí, me das dignidad y responsabilidad. Concédeme la santa mayoría de edad que es capaz de aceptar la ley que Tú guardas, y de asumir la responsabilidad que Tú me transfieres. Ten desierto mi corazón para que esté ante Ti en todo momento, y haz que mi actuación se convierta en ese dominio y esa obediencia a que Tú me has llamado.

Amén.

Del libro Oraciones teológicas
de Romano Guardini.

ORACION DE LA MAÑANA

Cada día que nace es un regalo de Dios: es vida nueva, esperanza, tregua. Cuando nos levantamos ¿pensamos que estrenamos el regalo del HOY?

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche y estrenamos la aurora,
saludamos el gozo de la luz que nos llega resucitada y resucitadora.

Tu mano acerca el fuego a la tierra sombría
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia
silabeas el alba igual que una palabra;
Tú pronuncias el mar como sentencia.

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria,
acude a su trabajo, madruga a sus dolores
le confías la tierra y a la tarde la encuentras
rica de pan y amarga de sudores.

Y tú te regocijas, oh Dios, y tú prolongas
en sus pequeñas manos tus manos poderosas
y estáis de cuerpo entero los dos así creando,
los dos así velando por las cosas.

Bendita la mañana que trae la noticia
de tu presencia joven, en gloria y poderío,
la serena certeza con que el día proclama
que el sepulcro de Cristo está vacío! Amén.

ORACION DE LA NOCHE

Cuando cae la noche sobre los hombres y las cosas, el hijo vuelve su mirada al Padre, Señor de la luz y de las sombras, y en El contempla los tiempos y los ritmos de los días y de la vida toda.

A tí Señor del Universo, en esta noche
suplicamos que venga tu bondad de Padre,
a bendecir nuestro descanso.

Y mientras el cuerpo reposa,
vigile el corazón amante,
y por la luz de tu Palabra
nuestra oración sea constante.

Por este día que nos diste,
A Tí, Dios Padre damos gracias,
a Jesucristo, Señor nuestro,
y al que consuela nuestras almas. Amén.

